

Sermón Ultreya Diocesano Junio 2014

Ha pasado mucho tiempo desde que viví mi aventura de tres días de inmersión en la esencia del cristianismo. Para mi sorpresa, nada menos que treinta y cinco años. No me acuerdo de muchos de los rollos. Sí recuerdo pensar que yo hubiera podido dar una mejor charla sobre los sacramentos que la que dio aquel sacerdote que repetía constantemente que los sacramentos no actuaban por arte de magia. Lo que sí recuerdo muy bien son las reuniones de mi mesa de Santiago después de cada rollo, el convertirnos en un equipo, los lazos de amistad que se crearon, y lo bien que lo pasamos. También recuerdo el sentimiento del gozo de ser cristiano.

Ser párroco puede llegar a convertirse en una mera cuestión de responsabilidad. Tengo que ser muy preciso con lo que digo cuando hablo desde el púlpito. Un descuido y alguien puede resultar ofendido. Mis palabras pueden ser malinterpretadas. El trato humano conlleva ciertos riesgos, y uno no puede bajar la guardia.

¡Pero no durante mis tres días de Cursillo! Estábamos convirtiéndonos en hermanos en Cristo. Uno podía meter la pata y ser perdonado inmediatamente. Podíamos bromear y ser objeto de bromas sin que los sentimientos de nadie fuesen heridos. Pude probar un trocito de cielo, lo que la vida en la tierra estaba destinada a ser. Ojalá todo el mundo pudiera tener esa misma experiencia. Ahora lo deseo más que nunca.

Y no es sólo conseguir que la gente disfrute de esa experiencia de fin de semana. Mi deseo se ha desarrollado. Ahora quiero ver el mundo transformado. El mundo necesita cambiar. Han pasado cuarenta y dos desde mi ordenación al sacerdocio, y el mundo no ha cambiado a mejor. Es más competitivo y está mucho más secularizado. Después de un par

de guerras sin victorias, mi amado país se encuentra desilusionado y enojado. Al mismo tiempo la gente está siendo bombardeada con miles de millones de dólares en publicidad a todas horas, constantemente tentados a comprar productos que difícilmente se pueden permitir. No es de extrañar que el número de familias profundamente endeudadas esté llegando a cifras astronómicas.

Así que, a la tierna edad de setenta años, he decidido retirarme del oficio de párroco. Quiero pensar que lo hice bien. Pero el cuidado de una parroquia es un trabajo de veinticuatro horas al día. No hay tiempo para nada más. Solo la maternidad exige una más intensa y constante dedicación. Sin embargo, la naturaleza, al llegar a cierta edad, impone su *toque de queda*, y la mujer deja de traer niños al mundo para pasar a disfrutar ayudando en la crianza de los mejores nietos del mundo.

Pues bien, he decidido dejar el ministerio parroquial para poder ayudar a cambiar el mundo. Nuestro planeta sufre de tremenda pobreza e ignorancia. Quiero apoyar a nuestros misioneros y a las diócesis que están creciendo por todo el mundo. He estado allí, y he sido testigo de cómo son muchos los que están trabajando heroicamente, en condiciones de extrema necesidad, para predicar el Evangelio de Jesucristo a esa gente maravillosa. Quiero ayudarles en todo lo que me sea posible. Pero sin dejar de hacer lo que me toca en mi propio país, sin dejar de atender sus necesidades espirituales.

Hay dos programas en los que quiero trabajar: uno se conoce como Encuentro Matrimonial, el otro es Cursillo.

Estas organizaciones tienen mucho en común. Ambas nacieron en España. Ambas están basadas en los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola. Ambas generan una gran alegría. Ambas conducen a la gente a una profunda experiencia de Cristo, y son el antídoto que este

país necesita para sanar. Su historia es similar. Después de disfrutar de gran aceptación en los sesenta y los setenta, hoy ambas tienen enormes dificultades para atraer nuevos adeptos. Esto último me indica que ambas se enfrentan al mismo enemigo, el desmedido deseo por las cosas materiales que los deja sin tiempo que invertir en la vida espiritual.

El consumismo del mundo encuentra una respuesta en Cursillo. Si la gente pudiera experimentar la alegría del cursillista, el mundo sería mejor. Si la gente pudiera llegar a conocer a Cristo como nosotros hemos llegado a conocerlo, el mundo sería mejor. Si la gente pudiera tener amigos como los tenemos nosotros, el mundo sería mejor. Entonces, ¿a qué se debe que las personas no tengan experiencia de nuestra alegría, o de conocer a Cristo, o de tener esos amigos? La respuesta bien pudiera ser “porque no han sido invitados el suficiente número de veces”

El mundo moderno incita a la gente a comprar cosas constantemente. No acepta un “no” por respuesta. Hace algunos años, y puede que todavía sea así, el mundo de la publicidad tenía una regla: *un anuncio de televisión tiene que ser visto cuatro veces a la semana para ser eficaz*. El publicista ha de calcular cuantas veces y en qué programas debe emitirse un comercial para asegurarse de que el número requerido de espectadores lo visiona esas cuatro veces. Y se pagan fuertes sumas por ello. Además, su publicidad tiene que ser más seductora que la de sus competidores. Así se ganan a los consumidores, que compran sus innecesarios pero caros productos y se encuentran con que tienen que conseguir un segundo empleo para pagar por ellos. Y no pueden pasar un fin de semana con el Señor, porque han vendido sus almas por esos productos que rápidamente se quedarán anticuados, pero que aún tienen que terminar de pagar.

Quiero emplear mi tiempo en ayudar a la gente a salir de esta trampa; la de gastar más-endeudarse más-para acabar forzados a trabajar sin descanso todas las horas del día, todos los días de la semana...sin tiempo para vivir...y acabar, al final, perdiendo a la familia y a Dios.

Quiero reclutarte para que me ayudes. Quiero convencerte de que hagas amigos y los llesves a Cristo. Quiero, con tu ayuda, ser parte del nuevo renacer de la Iglesia. Y sólo me conformaré cuando seamos capaces de traer de vuelta, el mismo entusiasmo del que Cursillo gozaba en los años setenta.

Jesús nos ha dicho que él es Amor. Nos ha mandado que nos amemos los unos a los otros. Yo esto lo entiendo como como que seamos amigos los unos de los otros. Lo que yo busco es que su mandamiento sea vivido- primero por vosotros, y después, por los amigos que vosotros traigáis a Cristo. Espero que vuestra relación en Cristo os llene de entusiasmo. Para llegar a ello, es esencial acoger a Cristo en la Santa Misa y recibirle constantemente en la Santa Comunión.

“Venid y ved”*, “Vengan y vean” Recientemente, un sacerdote me hizo recordar las primeras palabras pronunciadas por Jesús en los evangelios sinópticos a la entrada del sepulcro respondiendo a la pregunta de dónde estaba, tras su resurrección.

Y sus últimas palabras, cuando ascendía a los cielos: “Id y anunciad la Buena Nueva...”

Vengamos a Jesucristo en la Eucaristía.

Y después, vayamos y anunciemos las buenas nuevas.

*Biblia de Jerusalén